

O I por vez primera el nombre de Miguel Catalán en la clase de electricidad del profesor D. Blas Cabrera. Era el año 1928. Estaba por aquel entonces en pleno apogeo la teoría de Bohr acerca de la estructura de los átomos. Supimos que un físico español, Miguel Catalán, había contribuido de manera muy directa, al descubrir sus célebres «multipletes», a aclarar muchos aspectos oscuros que presentaba la teoría.

El próximo año de 1972 se cumple el cincuenta aniversario de dicho descubrimiento. Con ese motivo el grupo de espectroscopia de la Sociedad Española de Optica celebrará una reunión extraordinaria en Zaragoza, lugar de nacimiento de tan insigne hombre de ciencia. Químico por formación, pronto se pasó al campo de la Física, al igual que años más tarde lo hiciera, por ejemplo, Otto Hahn.

Pocos días después de aquella lección de Cabrera, Catalán dictaba una conferencia en la antigua residencia de estudiantes de la calle del Pinar. Recuerdo la impresión que me produjo. Joven, muy joven, delgado y con un aspecto y atuendo deportivo que contrastaba con la imagen, un poco estereotipada, que por aquel entonces se tenía de los científicos. Pese al mucho frío que hacía, Catalán, como era típico en él, iba a cuerpo y sin chaleco. Creo que nadie le vio nunca con abrigo. Me cautivó desde el primer momento por su simpatía arrolladora y su facilidad para hacer comprender las cosas complicadas. En aquel momento aprendí a valorar lo difícil que es vulgarizar. Es un arte que pocos poseen, pues han de converger una serie de cualidades que raramente se dan. En Catalán se conjugaban todas, de forma que lograba interesar a sus oyentes de tal manera que nadie sentía esa sensación de «fatiga» tan frecuente entre los asistentes a una conferencia. Si como investigador y profesor brillaba con luz propia, como conferenciante cegaba. Quizá la sensación que experimente al escuchar a Catalán no la hubiera compartido algún sector de la juventud actual, seguramente por el aspecto, cada vez más abstracto, que domina la matemática y la física teórica.

El nombre de Catalán, muy unido a los de Fowler y Sommerfeld, era y sigue siendo bien conocido en el mundo entero. Cuando me incorporé al Instituto Politécnico de Zurich, en seguida me preguntaron ¿qué hace el profesor Catalán?

En aquel primer encuentro en la Residencia de Estudiantes comenzó una amistad que fue aumentando paulatinamente y que perduró hasta el día de su muerte, acaecida en 1957. Su sencillez era tan grande que nunca encontré diferencia alguna durante los años que separaron el primer contacto entre un investigador consagrado y otro que tímidamente comenzaba y los muchos habidos después como compañeros de claustro de la Universidad de Madrid o como directores de Departamento en el Instituto de Optica Daza de Valdés.

Cuando Catalán, estudiando el espectro del manganeso, realizó su descubrimiento era catedrático del Instituto Escuela. La Universidad de Madrid solicitó del Ministerio de Instrucción Pública la creación de una cátedra cuyo contenido fundamental estaba íntimamente relacionado con sus investigaciones. Así nació la que lleva el título de Espectroscopia y Estructura Atómica. Aquello constituyó una saludable novedad, que se extendió poco después, con pleno acierto, creando la cátedra de Geofísica ajustada a las investigaciones que, también por aquel entonces, venía realizando otro físico eminente, Arturo Duperrier. Ahora bien, tanto éste como Catalán no pudieron evitar el someterse a eso que se ha llamado algunas veces la segunda fiesta nacional. Nos estamos re-

firiendo, naturalmente, a las oposiciones.

Catalán llevó a cabo lo más importante de su investigación en el antiguo Laboratorio de Investigaciones Científicas, que creó y dirigió Blas Cabrera y que, como ya he escrito en otras ocasiones, fue el germen de toda la física que hoy sabemos y hacemos en España. A este centro vinieron los especialistas más destacados en el campo de la espectroscopia e, incluso,

UN CRATER LUNAR LLEVA NOMBRE ESPAÑOL

Sommerfeld, una de las figuras de la Física más relevantes de aquella época, comentó en uno de sus libros más célebres que gracias a sus contactos con Catalán pudo completar su teoría sobre la zonal cortical del átomo.

Su paso a la Universidad, en 1934, no influyó en su afición a la física elemental, continuando en íntimo contacto con el Instituto Escuela, primero, y con el colegio Estudio, después, dirigido por su mujer, Jimena Menéndez Pidal. Sus libros a nivel de segunda enseñanza, escritos en colaboración con otro excelente profesor, Andrés León, son un modelo de cómo hay que tratar los fenómenos físicos a nivel elemental.

Nuestra guerra le sorprendió en San Rafael, donde pasaba los veranos. De allí se trasladó a Segovia, donde, aparte de realizar una extraordinaria labor cultural y hacer de conductor de vehículos, fue, según le oí comentar en cierta ocasión, promotor del plato único. Vuelve a Madrid al acabar la contienda. Además de en otros centros industriales trabaja activamente, también en colaboración, con Andrés León, en los laboratorios Zeltia, en los que producen los primeros productos españoles de la serie DDT.

José María Otero lo convence para que se incorpore a las tareas del floreciente Instituto de Optica. Crea y dirige el Departamento de Espectroscopia y forma una Escuela de reconocido prestigio de la que Velasco, Barceló, Hidalgo, Olga G. Riquelme, Laura Iglesias y Rico, entre otros muchos, son hoy en día sus continuadores.

Catalán fue un gran viajero pues constantemente era llamado por los laboratorios más importantes del mundo. Se desplazó varias veces a U. S. A., donde dictaba conferencias y dirigía seminarios. Escuchar sus comentarios a la vuelta de cada uno de sus viajes era sencillamente delicioso.

El pasado año la Unión Internacional de Astrofísica ha reconocido públicamente su contribución al avance de esta ciencia, dando su nombre a un cráter de la cara opuesta de la Luna.

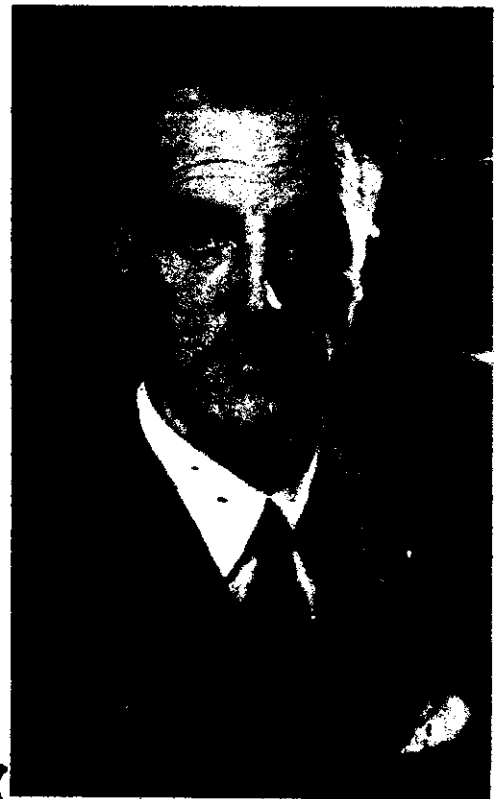
Su aspecto deportivo no era fruto de la casualidad. Fue un pionero de la sierra de Navacerrada, a la que acudía invariable-

mente los días festivos con su hijo Gonzalo, que ha debido ser el esquiador más precoz del país; pues, si la memoria no me falla, debió comenzar con apenas tres o cuatro años. El esquiar en aquella época era una especie de aventura. Había que seguir la célebre «caizada romana» y subir a pie los, creo que cinco, kilómetros que separaban la estación de Cercedilla de los refugios de Peñalara o del Club Alpino.

Las puertas del despacho y del laboratorio de Miguel Catalán estaban siempre abiertas para todos. Si entrábamos, preocupados por algún problema científico o humano, salíamos totalmente tranquilos. Habían bastado unos minutos de conversación para que, debido a la confianza que infundía y a la dosis de humanidad que derrochaba, hasta casi malgastaría en algunas ocasiones, se operara el milagro.

Tuve la fortuna de tenerlo como juez en las dos oposiciones que, separadas por veinte años, he tenido que realizar para ser catedrático de provincias, primero, y venir a la Universidad de Madrid, después. La presencia de Miguel Catalán en el Tribunal representaba, para cualquier opositor, la garantía que supone actuar frente a un hombre totalmente íntegro, que nada ni nadie le haría variar su criterio, siempre tan acertado como objetivo.

Durante los años 1956 y 1957 convivió mucho con él. La mayoría de los días nos reuníamos a última hora de la tarde, ya un poco fatigados, en el bar del Instituto de Optica. Tres días antes de su inesperada muerte también estuvimos allí. Nada



Profesor Miguel Catalán

hacia predecir, contemplando su vitalidad y el aspecto juvenil que conservó hasta el final de su vida, que era nuestro último contacto.

Catalán pertenecía a aquel grupo de españoles que supieron recoger el reto que Cajal hizo a la tambaleante sociedad española de principios de siglo. Demostró que cuando se posee temple y una entrega decidida, también en nuestro país se puede hacer investigación de primera magnitud.